



Havstein

# SOCIOLOGÍA

## LA OBRA DE LOMBROSO

Lombroso, á quien las atinadas réplicas de muchos criminalistas y en particular de Mr. Tarde y las prudentes observaciones de Max Nordau, han devuelto el juicio que perdiera en largas meditaciones antropológicas, *se dedica ahora al estudio de sus obras*. Por ahí hubiera empezado de tener en más al público y en menos su personalidad.

Aquí hay quien padece el mismo mal. Castelar, por ejemplo, cree que todos hemos de tomar como artículos de fé las razones que se digna exponer y, sin embargo, cuando trata de socialismo, causa lástima leerlo.

Estos sabios que no se toman la molestia de estudiar los asuntos que tratan ó que los tratan con los mismos argumentos con que lo hicieran en sus mocedades, desaparecen; pero son lo suficiente leídos para que nos preocupemos de su labor. Constituyen los restos de una humanidad metafísica dada á discutirlo todo con los elementos que una intuición, más ó menos desarrollada, pone á su alcance.

Constitúyense nuestros caracteres asimilándose infinidad de partículas, sociales unas, físicas otras. Según de quien nacemos y donde nacemos apreciamos los problemas de una manera ó de otra. Hay quien muy pronto queda *constituido definitivamente*; otros evolucionan siempre. En el primer caso pensamos y queremos lo que quiere y piensa nuestro modo. Los prejuicios son así como células en reposo. De ahí que Lombroso haya erigido en reglas científicas los suyos.

Realmente, sobre las personas y los pensamientos de los demás, acostumbran á poner los suyos los que se creen algo y *tienen motivos* para creerse algo. Influencias atávicas nos obligan á ser esclavos ó á ser amos. Desde tiempo remoto existen clases directoras y clases dirigidas. Las primeras tienden á resolverlo todo; las segundas á encontrarlo resuelto. La generación presente, que en el organismo humano es lo que la sangre en el del hombre, esto es, un reconstituyente, posee la tendencia de un origen que mengua su fuerza al rozar con la de los siglos. Venimos de lejos así habituados y se nos hace muy cuesta arriba tener voluntad propia, ó tolerar que la tengan los demás. No pudieron pensar nuestros antepasados que la clase humilde discutiera los atributos de la otra y le negase condiciones para seguir dominando.

Lombroso, que sabe todo eso y que por hábito y por educación pertenece á la clase dominadora, duda, no ya del predominio de la plebe, hasta de su capacidad. Aquí está la clave de su obra reaccionaria.

Defecto disculpable en un peón albañil, no lo es en un catedrático que ejerce á último del siglo diecinueve.

La historia ha hecho irreligioso al antropólogo italiano, conservador el ambiente y aristócrata el enamoramiento de propio. Así se explica que tenga por degenerado á Jesucristo. Primero, porque ve en él á un religioso; segundo, porque lo considera revolucionario. Desde Harmodio á nuestros días todo rebelde ha sido degenerado al sentir del profesor de Turín. Y es que su *modo* le obliga á considerarlo así. Obra de la revolución es el mundo; no de los privilegiados. Los derechos de que gozamos fueron alcanzados por la fuerza. Sin Garibaldi ¿qué sería de la independencia italiana, reforma obtenida por la fuerza?

Especialidad de Lombroso es la antropología criminal, y el crimen, como el honor, no tiene igual apreciación entre los hombres. ¿Cómo meter en la mullera del criminalista esta proposición del sociólogo?

Lombroso y sus discípulos, pues los tiene como los tuvo el Nazareno, cometen el pecado que cometieron todos los tiranos: consideran criminales á las ideas. Lo mismo hicieron los inquisidores y con seguridad que si reinaran de nuevo, quemarían á Lombroso por hereje, manifestación de un *crimen* que hoy no existe gracias á los *degenerados* que llevaron á cabo la revolución religiosa. Si estos no hubiesen existido, Lombroso sería hoy un *criminal*. Antes se penaban actos que hoy no se penan y hoy se penan delitos que no existirán en adelante.

¿Quién castiga la blasfemia ni la abjuración? Se trabaja los días de guardar y se come carne los prohibidos. Estos actos, no sólo fueron penados, la opinión los sancionaba. Podemos ser hoy amigos de un ateo y hasta serlo nosotros sin que caigamos en pena; podemos vivir con mujer sin que se nos castigue. ¿Lo pudieron nuestros antepasados? Espantan las sentencias recaídas por tamañas faltas. Muchos actos que ayer eran crímenes, en público los ejecutan hoy jueces. El raptor, que no se castiga en nuestros días cuando la mujer tiene cierta edad y huye voluntariamente, con la decapitación se pagaban antes, aun cuando fuese *ella* la raptora. Innumerables los seres que murieron acusados de brujería, y este delito sólo ha existido en la ignorancia del pueblo y en la de sus jueces.

Ingrata tarea sería si hubiésemos de relatar actos que ayer eran crímenes y que hoy no lo son. Con igual dificultad nos encontraríamos si quisiéramos escribir los que están llamados á desaparecer y que estudian estos criminalistas sin nociones de sociología. ¿Qué quedaría de la obra de Lombroso? La acción directa del hombre contra el hombre. ¿Quién no condena esta acción? La condenados nosotros y por eso queremos destruir las causas que obligan *todo derramamiento de sangre*. ¿Por qué Lombroso no dirige aquí sus tiros? Porque habría de emplear argumentos que pugnan con su obra conservadora.

Si raspáramos el barniz modernista que les ha dado su tiempo, encontraríamos un verdadero *salvaje* en cada uno de esos hombres que condenan las ideas y que, á nombre de la evolución, anuncian el fin del mundo si se separa un ápice de sus proposiciones.

CHARLES MONEY.

## ¿UTÓPICOS?

Si no viniera la implacable realidad con lógica irrefragable á demostrarnos que no se sueña ni se divaga cuando al analizar la sociedad actual se la encuentra semejante á una enferma, cuyo desahucio se aguarda de un momento á otro y cuyo eficaz remedio debe buscarse en el fondo de ese malestar general precursor de la muerte, creeríamos que efectivamente están en lo cierto los que califican de utópicas á las doctrinas del porvenir y dicen que ellas son un plan de gobierno imaginario, en el cual todo está ordenado y dispuesto para la felicidad de sus habitantes como en el país fabuloso de Utopía descrito por Tomás Moro. Tal es la diferencia que existe de la organización social pasada y presente á la que se concibe para la futura sociedad.

Fatalmente—esta es la palabra—viene la individualidad humana que hoy existe producto de un pasado bárbaro y de un presente lleno de mescolanzas, de bueno y malo, á darnos la razón con sus múltiples y variadas aberraciones. Se comienza en las pasiones mal dirigidas por la cohibición que las ha impuesto una educación defectuosa y se acaba en los gérmenes viciosos de una decadencia atávica que constituye la desorganización desenfundada á que asistimos.

¡Qué variabilidad de concepciones y de procedimientos, qué multiplicada serie de aberraciones vemos por doquier! Quien se encenega en el vicio no hallando en él más que perjuicios; quien se afana en acumular tesoros que no piensa en disfrutar, convirtiendo así su vida, que podría ser feliz, en un martirio; quien ama á quien le aborrece y detesta al que le ama; quien prefiere la forma al fondo y quien el fondo á la forma; quien suelta lo real y positivo para lanzarse en pos de lo desconocido y falso, en una palabra, anacronismos tales el mundo produce, que hay para descorazonar al más optimista sino analiza bien y convertirlo en escéptico, formando al lado de Schopenhauer, Harmant, Leopardi y Bartrina. Mas si analiza verá que contradicciones tales sólo son casos raros y aislados ó producto de preocupaciones sociales y, en último caso, hijo de cerebros enfermos. Entonces esperanzado nuevamente comenzará á ver claro, y hallará remedio á tales males. En este caso nos encontramos los llamados utopistas.

Hemos visto al hombre explotando al hombre; al padre subyugando y estrujando al hijo, y al hijo menospreciando y abandonando al padre; á los hermanos luchando; á la madre fastidiarle los hijos, y á éstos aborrecer á la madre y los seres humanos todos mirarse como enemigos. Al estúpido encumbrado y al sabio vilipendiado; al honrado en presidio, y al criminal en el trono; á la mujer cándida y amorosa echada al lupanar, y á la astuta y viciosa respetarla, santificarla; y, no cubriendo con un velo infamia tanta, no idealizando para engañarnos nosotros mismos, no negando las pasiones, sino estudiándolas, ahondando nuestro criterio en el fondo de tales iniquidades y destapando tanta podredumbre, hemos podido llegar á sentar las causas productoras de aberraciones tan colosales: el capitalismo, las desigualdades sociales, con todo su engranaje de preocupaciones, y mal entendido amor, honra y moral, son los causantes de tanto malestar. Y por esto, porque sabemos buscar en las entrañas mismas de esa sociedad putrefacta las

causas de su descomposición, y por consiguiente, de su muerte prematura, somos llamados utopistas y locos peligrosos, como si no fuera sublime hoy la vesanía de los locos de antaño que supieron descubrir mundos y enderezar los tortuosos caminos de la ciencia experimental.

Cada nueva concepción es una nueva utopía, formándose el progreso de una indefinida espiral de utopías, mal que pese á los que sólo ven en la humanidad un retroceso incesante de mal á peor.

El presente famélico y pobre puede ser de los decadentistas, pero el porvenir grande y armonioso en todas sus relaciones, no hay que dudarlo, será de los utópicos.

SOLEDAD GUSTAVO.

---

## EL ESTADO

---

En la antigua Roma la formidable fuerza del Estado suprimía, con su influjo autoritario, todas las libertades y derechos del individuo.—El ciudadano romano venía á ser algo así como una partícula inconsciente del gran todo Social-Estado. En el Estado radicaban de hecho y de derecho todas las potencias sociales, el Estado era omnipotente.—La individualidad del ciudadano romano, quedaba aniquilada, absorbida por la soberanía absoluta del Estado, y viéndose los romanos cohibidos por el Estado, en su afán de preponderar y ejercer dominio sobre algo tangible, ejercían la más cruel de las tiranías sobre sus desventurados esclavos.

Véase, pues, como la omnipotencia social ejercida por el Estado en la Roma antigua, venía á recaer en definitiva sobre los infelices esclavos que eran tratados por sus *amos*, los patricios y ciudadanos *libres*, con el más refinado y cruel de los infamantes servicios.—Y así como el panteísmo político de la antigua Roma, anulaba la libertad individual, así como en la Roma conquistadora de los *flavios emperadores*, el ciudadano no era nada y la ciudad lo era todo, de la misma manera en la Edad Media, época tristísima en la que el feudalismo era la regla de acción que guiaba la marcha social, el lúgubre *caballero de horca y cuchillo*, lo era y representaba todo en los diminutos Estados en que reinaban como *señores y dueños* absolutos de honras, vidas y haciendas.

Las muchedumbres esclavas sometidas al vil despotismo de los señores feudales, nada significaban ni nada influían en el ánimo de los déspotas medioevales. Eran los despreciables siervos humildes servidores del *señor*, los infamados villanos cultivadores de los campos, pero no cosecheros en la buena acepción de la palabra; y cuando más, los infelices pecheros sin participación en los ricos botines arrancados á viva fuerza al enemigo en las cruentas y vandálicas escenas de la guerra.

Surgiendo, como han surgido positivamente, los Estados modernos de los antiguos, llevando como desde luego llevan, las nuevas instituciones porque se rige actualmente la sociedad, en sí latentes los mismos gérmenes de despotismo y tiranía que informaran los antiguos Estados, no es de extrañar ciertamente que el Estado sea el estrujente torniquete en que se oprime al pueblo, suponiendo, como

supone, el manantial inagotable de todos los atropellos, despojos, ilegalidades y concupiscencias que las clases monopolizadoras del poder social, perpetran contra los intereses de esos desdichadísimos productores que viven la vida mecánica de la máquina entre las horribles angustias de la más inhumana desheredación social.

La tiranía del Estado siempre produjo los mismos lamentables efectos, traduciéndose en una encadenación infinita de despojos arbitrarios y onerosidades abominables.—Los hombres y las clases que dan vida y que viven de la monopolización del Estado, ejercen sin escrúpulos de conciencia todo género de injusticias *legales*, sancionando y promulgando caprichosamente leyes, códigos y constituciones que hagan posible sus felonías y desafueros. Vinculada en ellos toda la fuerza del poder social por la acción centralizadora del Estado, de cuyos magnos resortes disponen á placer las *clases directoras*, todo les es posible á los de *arriba* en perjuicio evidente de los de *abajo*.—Por eso, precisamente por eso, jamás el Estado contribuirá con su poder y omnipotencia á producir la emancipación de los desheredados.

Pero si el Estado no es el emancipador de los oprimidos, ni el vengador de los ofendidos, ¿qué es entonces?

El Estado es la sociedad organizada oficialmente para defender los intereses de los grandes propietarios y fomentar por medio de la fuerza el influjo y poderío de los potentados y nobles: es una fuerza formidable. Realmente el Estado es un poder avasallador y despótico que infunde miedo, y lo que infunde pavor, lo que aniquila y aterra, claro está que debe ser nocivo para la salud social. Esto es indisputable.

Hablar, pues, de la fuerza *salvadora* que el Estado ejerce sobre la sociedad, es tan absurdo, tan incongruente como ocuparse de la justicia de la guerra, ó de la docilidad del tigre.

El individuo que imprudentemente se entrega á la tutela indiscreta y temeraria del Estado, abdica su libertad; y al abdicar su libertad abdica su personalidad, y al abdicar su personalidad, abdica todos sus derechos de hombre libre; queda, moralmente, reducido á la *nada* horrible del automatismo inconsciente, destruye la soberanía augusta de su voluntad, convirtiéndose en un siervo y tributario obediente de los que manejan, para su provecho exclusivo, la complicada máquina del *gobierno social*.

Mal que pese á los demócratas mediocres, la acción disolvente que el Estado ejerce sobre la sociedad, jamás se trocará en acción benéfica; como no procuren los pueblos su derrocaación definitiva, siempre serán esclavos ya que hasta el presente momento histórico, la fuerza del poder social organizado, sólo ha tendido á secularizar el poderío y preponderancia de las clases elevadas, á cuyo servicio están adscritas con rendido servilismo los que explotan la gobernación de las naciones. Por algo ha dicho la sabiduría moderna que á medida que decrece el poder avasallador del Estado, aumenta la felicidad de los pueblos y que el *summum* de la libertad y prosperidad de la raza humana, llegará, precisa é indefectiblemente, cuando el poder del Estado sea reducido á lo que en toda operación matemática, representa *un cero á la izquierda*.

El poder del Estado sólo sirve para cohibir al individuo coartándole su libertad de acción; para explotarlo con onerosas exacciones y embrutecerlo, oponién-

dose sistemáticamente al libre desenvolvimiento de sus propiedades intelectivas por medio de un sistema de enseñanza ineficaz, fanatizador, absurdo y anticientífico.—Toda idea noble, toda inspiración elevada, todo sentimiento libertador de amor y de justicia, todo movimiento de emancipación y progreso, en una palabra, todos los generosos heroísmos de los altruistas entusiastas que aspiran á la regeneración del mundo, son tiránicamente condenados por el Estado, porque el Estado no significa otra cosa que el soporte formidable en que se apoyan los privilegiados para eternizar el odioso imperio de su dominación inexplicable, el mortífero cerco de hierro en que la explotación tiene constantemente sitiados á los augustos hijos del trabajo.

Creado por la división de clases, signo característico de la presente organización social, el Estado sólo al fomento de los intereses del privilegio consagra toda su vitalidad y energías.—Procurar la derrocación del Estado por los incorregibles defectos de que adolece, ya que sólo plantel de infamias y atropellos supone, es trabajar en pro de la justicia, es afanarse noblemente en levantar, con sanas energías, el abatido espíritu de los hombres para que se purifiquen y regeneren combatiendo por la causa augusta de su emancipación.

Una vez destruido el poder avasallador del Estado por la fuerza de la Revolución social, en cuyas abrasadoras erupciones se purifican los pueblos para determinar la renovación de sus enervadas, energías y proseguir con denuedo la obra sacrosanta de su gloriosa emancipación; destruido que sea, repetimos, el humanicida poder autoritario del Estado por el triunfo de la Revolución social hoy en fermento al ser saludablemente disueltos por la virtud purificadora de los nuevos principios de libertad, igualdad y fraternidad, proclamados por el socialismo contemporáneo, todas las grandes corrupciones sociales que hoy día nos asfixian y enervan, de ellas mismas surjirá radiantísimo el espíritu organizador de la sociedad del porvenir, ni más ni menos que como surgen de las putrefacciones de la muerte, los purificadores fervientes de la nueva vida.

El Estado autoritario ha venido siendo hasta el día el complaciente patrocinador de todo despojo, fuerza será que en lo sucesivo deje su puesto al socialismo, para que este estado novísimo, moralizador y libertador, con su justicia incorruptible y moralizadora, ponga fin á la era azarosa y arbitraria del autoritarismo absorbente que tantas injusticias, despojos, alevosías, crímenes y vandolismos ha perpetrado en bien y para saciar la omnívora avaricia de las clases dominadoras.

DONATO LUBEN.

---

## JERARQUÍA SOCIAL

---

Iguales los hombres en calidad, si no en cantidad, de inteligencia, aptitudes, pasiones y necesidades; individuos todos de una misma especie que la naturaleza crió para que disfrutara de la luz del sol, de la fertilidad del suelo, del ambiente vivificante y de cuantos bienes y riquezas contiene la tierra, tienen el mismo derecho é idéntica facultad á la propia regulación y satisfacción de sus necesidades y á la manifestación libre y espontánea de sus deseos. Del mismo modo los pue-

blos, conjunto ó agrupación de seres humanos constituidos para facilitar y amar las relaciones de aquéllos, tienen derecho á regirse libremente sin sujeción á otro pueblo extraño.

Sin embargo, en la práctica, constantemente se ha falseado, cuando no negado, este derecho natural, y sólo hoy, después de siglos de barbarie y despotismo, ha se aceptado en principio como mero concepto filosófico, teniendo buen cuidado de disfrazarlo en la vida real con la falsa etiqueta del derecho democrático.

La libertad es condición esencial de vida en los individuos y en los pueblos; unos y otros, en sus mutuas relaciones, deben respetarse recíprocamente, procurando no lastimarse ni imponerse. Cuando este principio se vulnera, cuando la violencia y la imposición se introducen en las relaciones de individuo á individuo y de pueblo á pueblo, altérase la armonía, cohibense las acciones, rómpense los vínculos solidarios, diferéncianse cada vez más los intereses y, como consecuencia, no tarda la esclavitud, franca ó vergonzosa, en erigirse en base constitutiva de la sociedad.

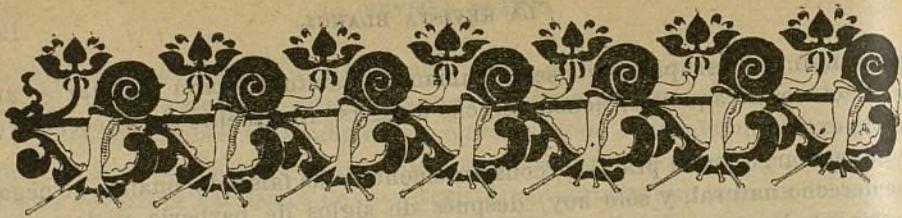
Y esto es precisamente lo que sucede en la actual sociedad. Las relaciones individuales y colectivas, en vez de obedecer á un principio de justa reciprocidad, condición esencial para que fuera un hecho la libertad é independencia, están supeditadas á una jerarquía de funciones que hace á los hombres y á los pueblos esclavos unos de otros.

En las relaciones individuales, el hombre, como obrero obligado á vender su esfuerzo muscular ó intelectual, es mero instrumento del industrial, del propietario y del capitalista; como ciudadano, está supeditado á la voluntad del policía y del magistrado; como súbdito, debe obediencia absoluta á los caprichos del legislador y del soberano; como soldado, está sujeto á una dura é inicua disciplina militar, y en fin, desde que nace hasta que muere, ve su libertad cohibida por la férrea jerarquía que clasifica á los hombres según sus funciones cual si fueran mercancías, dándose el caso inaudito de que es tanto más alta la clasificación cuanto más es la inutilidad de la función desempeñada.

Si de las relaciones de individuo á individuo pasamos á las relaciones de pueblo á pueblo, vemos que en ellos no se deja sentir menos la nefanda influencia de la jerarquía. Los pueblos débiles están en un todo á merced de los fuertes; y dentro de una misma nación, el municipio está sujeto al consejo provincial, y éste á su vez al Estado; el gobierno central aborrece las energías de las diversas regiones y colonias, sacrifica los intereses de unas en beneficio de otras, modifica costumbres, impone el uso de un lenguaje oficial, deroga antiguas franquicias, impone nuevas gabelas y las convierte en simples ruedas de la gran máquina burocrática pomposamente bautizada con el nombre de nación.

La jerarquía es la fuente de donde manan las desigualdades sociales, tan funestas para los individuos como para los pueblos.

A. DEL VALLE.



## CIENCIA Y ARTE

### CIENCIA Y SOCIALISMO

Hay instituciones abstractas invulnerables también. El cerebro se cierra á toda reforma y hablar contra las ideas que quedan dentro, es un delito enorme para nuestros modernos doctrinarios.

Constitúyense sistemas políticos, religiosos y sociales en extremo resistentes á la acción del tiempo. Dentro del cerebro sucede lo mismo. Se establecen categorías, dogmas de difícil extirpación.

Una idea política determina otra sobre la familia, la religión, la moral, etcétera. Así como antes la base de la enseñanza en nuestros pueblos latinos, era el latín, así la base de todas las ideas era la religión. Si se lograba alterar las ideas religiosas las demás quedaban alteradas también. Se consumó la revolución que iniciara Lutero y la idea religiosa descendió de categoría dentro del sistema intelectual. En cambio la política alcanzó el rango supremo. Modificándola hoy se modifican todas nuestras ideas accesorias. Monárquico, supone doctrinario; republicano, tolerante; socialista, librepensador ó ateo. En lo referente á la moral, la familia ó la autoridad sucede lo mismo.

La moral constituye, hoy el mayor obstáculo á nuestra regeneración física.

Determinar las enfermedades que se originan del respeto á ella, sería cosa de nunca acabar. Por su causa padecen el cuerpo y el cerebro. El primero, por lo que la moral dificulta funciones orgánicas necesarias á la salud; el segundo, porque toda irregularidad del cuerpo trasciende al cerebro y además porque los accidentes de carácter pasional á que da lugar, se traducen en desarreglos cerebrales más ó menos violentos.

He aquí un hecho :

Contaba yo diecisiete años cuando mi padre me llevó consigo á Lyon, á donde fué por asuntos profesionales. Visitamos muchos edificios oficiales y particulares y entre ellos un antiguo manicomio que existía en la capital y que, poco después, fué trasladado á Vaise con todos los adelantos modernos. Empleado entrado en años nos enseñó el establecimiento usando mucha amabilidad y cortesía para con nosotros, pero haciendo uso de muy poca consideración para con los enfermos. El local no se distinguía ni por su limpieza ni por su ventilación.

Al entrar en un largo corredor, á cuyos lados se veían muchas rejas, el empleado nos dijo: no vuelvan ustedes la cabeza hacia el lado derecho, aunque los llamen. Así lo prometimos mi padre y yo con un ligero movimiento de cabeza. Pero aún no habíamos andado veinte pasos cuando oímos una voz de mujer que nos llamaba.

Iba yo detrás y sin acordarme de lo que el empleado había advertido, é instintivamente, volví la cabeza viendo á una mujer joven aún que, completamente desnuda y peinada con mucha coquetería, hacía señas acompañadas de movimientos lascivos, para que me acercara á la reja. Ni el empleado ni mi padre se dieron cuenta de mi desobediencia y al llegar al final del corredor el primero, dirigiéndose al autor de mis días, dijo ¿Ha oído?

—Si señor.

—Es una desgraciada y hermosa joven victima de aguda locura pasional. Llama á todos los hombres que se ponen al alcance de su vista, dirigiéndoles besos y requiebros con un mimo encantador. Sus palabras de amor son tan tiernas y bien expresadas que llegan al fondo del alma con dulzura que entenece.

Ante tal recomendación mi padre mostró deseos de ver á la joven y no desistió de ellos sin que el empleado le advirtiera que casi siempre iba desnuda y que, á sus palabras buenas, acompañaba acciones poco decorosas.

En vista de estos detalles y en atención á mis pocos años, mi padre resignóse á no conocer á la enferma. Después el empleado contó la siguiente historia:

Esta joven era doncella de compañía de la señora X. Un hijo de ésta se enamoró de la sirvienta, encantadora joven de dieciseis años y que correspondía á los amores del señorito.

Cierto día la mamá sorprendió á los dos enamorados en situación difícil, difícilísima. Al oír los gritos y los apóstrofes de la señora X contra *la que deshonraba á su hijo*, éste huyó, pero la joven quedóse en el lecho accionando de la manera que V. podría ver si no lo impidiera nuestra vergüenza, pronunciando palabras que denotaban las de la enferma y el amor que su corazón sentía.

Mi padre no tuvo ni una palabra de compasión para aquella infeliz. Le parecía natural su desgracia. Yo oí el relato haciéndome el distraído. Lo que había notado fué suficiente para comprender que la historia era fruta vedada para mí.

Mi alma de adolescente quedó dolorosamente impresionada por lo que había visto y oído. La loca ocupó mucho tiempo mis pensamientos y amenudo era el sujeto de mis sueños. No sé si la palabra es lo suficiente fiel, pero casi podría decir que me había enamorado de la loca. ¿Por qué se operó en mí tal fenómeno? ¿Fué por que instintivamente adivinara que un amor había de curarla? Lo ignoro. Lo que sí declaro hoy, que tengo conciencia del mal que la joven padecía y del fenómeno extraño operado en mí, que si me hubieran dejado vivir con ella, por una adivinación del alma, más que por deseo material, hubiera sanado aquel cerebro sin darme de ello cuenta y quizá sin quererlo.

La moral y la sociedad representadas en la señora X, trastornaron el cerebro de la joven. Después quizá hubiera sanado pero ¡oh! la moral se oponía á ello, y primero que la salud de nuestros semejantes, hay que respetar las preocupaciones.

Sobre el particular no puedo hablar más claro porque... la moral á más cla-

ridad se opone. Sin embargo, la he despreciado lo suficiente para que el lector se capacitara bien del contenido de estas líneas.

Antes de entrar de lleno en las consideraciones de orden científico, narraré la historia de otra locura pasional.

DOCTOR BOUDÍN.

## RESEÑA HISTÓRICA DE LA TAQUIGRAFÍA

El origen de la Taquigrafía es completamente desconocido. Se cree que la primera escritura fué de carácter taquigráfico á juzgar por la sencillez de los signos trazados en algunos monumentos antiguos, y hay quien afirma que el célebre filósofo y no menos célebre general griego, Jenofonte, tomaba taquigráficamente, las lecciones de su maestro Sócrates; pero hasta ahora no se han podido conocer los signos de que se valía.

Los romanos tomaron de los griegos la idea de la escritura taquigráfica, valiéndose en un principio de hombres de una memoria prodigiosa, de la letra inicial á que llamaban *siglas*, suprimiendo el resto de la palabra, y de otros medios no menos elementales y poco seguros, hasta que el célebre Cicerón compuso lo que se llamaron *Notas tironianas*; pero consistiendo éstas en una numerosísima colección de signos, que algunos hacen subir á más de seis mil, desde luego se comprende lo confuso de este sistema y que, á manera de escritura china, debía ser de difícil enseñanza y ejercicio sumamente engorroso. Sin embargo, á estas notas debemos el conocer hoy los grandilocuentes discursos del célebre orador romano. Más tarde prestaron también grandes y utilísimos servicios á los padres de la Iglesia que llegaron á sobrepujar en elocuencia á los oradores del foro romano. Pero la Iglesia que en sus primitivos tiempos marchaba á la vanguardia de la civilización y era la patrocinadora de toda idea de progreso, cambió radicalmente de rumbo cuando llegó á dominarlo todo; vió entonces en la civilización su ruina, y empezó una serie de persecuciones contra los cultivadores de la Taquigrafía, considerando á ésta como obra nigromántica y de magia, y más de un infeliz, según afirma el Abad Trittemes, autoridad en la materia, pagó con la vida su amor al arte de Satanás, como le llamaban.

Los bárbaros del Norte, que en la Edad Media, invadieron la Europa, por una parte, y por otra el fanatismo religioso, concluyeron con la Taquigrafía como con otros muchos elementos de la civilización romana.

Pero anda el tiempo, civilízanse algún tanto los bárbaros cumpliendo la ineludible ley del progreso; rompe Lutero la férrea cadena conque la Iglesia Católica oprimía á la Europa; sepáranse de la autoridad de los papas Inglaterra y varios Estados alemanes, y vuelve de nuevo á renacer la idea de la Taquigrafía. Inglaterra, la patria de los parlamentos, es la primera que con escándalo y horror de los fanáticos da á luz el primer tratado de Taquigrafía; pero al renacer este importantísimo arte, renace como todo en la naturaleza, más robusto, más perfecto. Ya no son las difíciles, engorrosas y confusas notas de los romanos; es una escritura ingeniosísima, compuesta de signos fáciles de trazar.

Samuel Taylor y Shelton, fueron los que más se distinguieron en tan importantes trabajos.

En el año 1791 fué llevado á Francia por Bertin el arte taquigráfico, y más tarde se propagó por Austria y Alemania, fundándose un buen número de academias.

España, la infeliz España, estuvo muchos años contemplando con envidia y admiración los beneficios de un arte tan útil como ventajoso; pero no era llegado el tiempo para ella. ¿Para qué quería una escritura que siguiese la palabra, si no había palabra que seguir?

Sólo la Iglesia tenía derecho á hablar, y la Iglesia había anatematizado con epítetos estúpidos tan grandioso arte para que hiciese uso de él.

Vino el Reinado de Carlos III y con él los enciclopedistas preparando el terreno donde había de fructificar la Estenografía. Empezaron á disiparse las tinieblas; se acercaba el reinado de la libertad y se hacía necesario, preciso, el arte de la Taquigrafía. Llegó, en efecto, el siglo XIX, y con él apareció el inmortal D. Francisco de Paula Martí, grabador en cobre, natural de San Felipe de Játiva, é individuo de la Academia de San Fernando, quien publicó en Madrid el primer tratado de Taquigrafía arreglado á la lengua castellana.

MARCELINO BRIEVA.

---

## CUENTOS DE AMOR

---

### V

Dosaiguas es un pueblecito situado sobre pequeña colina, por cuyos lados serpentean dos riachuelos que unen sus aguas á la entrada misma del villorrio. Allá por el 79, época en que se desarrolló la acción de nuestro cuento, estaba Dosaiguas muy castigado por odios de bandería. Los habitantes antes de la de Septiembre se dividían en carlistas y liberales; después se llamaron republicanos y conservadores, pero los odios continuaban siendo los mismos. Dos familias antiquísimas y ricas simbolizaban la política del pueblo. Una, la de *Ramonet*, descendía del antiguo señor feudal; otra, la de *Quico* del primer vasallo que contra aquél se rebeló. Las demás les rendían obediencia por hábito sin que en sus resoluciones entrara más voluntad que la del *amo*. Aquellos dos bandos se odiaban á muerte. No había fiesta mayor sin batalla campal, ni *ronda* sin bronca, ni sábado sin *ronda*. Dos grupos se formaban en la plaza los domingos por la mañana y en dos cafés se dividían los dosaiguenses por la tarde.

Hasta la juventud manifestaba el ambiente fanático que respiraba en familia. Jamás la deshonró la hija de un liberal casándose con uno del otro bando, ni la hija de un reaccionario se atrevió á oír flores de un *hereje*.

No hay pueblo sin juventud, ni juventud sin amor, ni amor sin objeto. El terreno más agreste alcanza poesía si congrega á dos enamorados y á todos los del lugar reúne, los domingos por la tarde, ó estación ó carretera, ó ermita, ó fuente.

Cuando el peinado empieza á ser objeto de duda y se mira el espejo á hurtadi-

llas y se pretenden dos pares de alpargatas y se vuelve la cabeza para mirar el cuerpo gentil de una muchacha y se da cuenta de los buenos ojos de la vecinita, se empieza á querer y cuando se empieza á querer, acúdense donde la juventud del pueblo encuentra miradas cariñosas, distinciones galantes, suaves pellizcos, finas rozaduras de mano. Esto es la vida y la doctrina religiosa ó social que á esto se oponga, fenecerá.

Catorce años sólo contaba Rosa, la heredera de *Ramonet*, y era ya el capullo más bonito de las rosas comarcales. A las monjas había llamado la atención por su dote, á los jóvenes por su hermosura y la lucha empezó entre los representantes de la religión y los del amor. Diariamente visitaban la casa los primeros, los segundos la rondaban por la noche. Las monjas ganaron la cabeza de los padres, la juventud el corazón de la hija.

Rafael, el heredero de *Quico*, tiene dieciocho años. En buena lid ganó título de bachiller en el Instituto de Reus, y no en vano había hecho la franca vida de estudiante, ni inútilmente aspiró el ambiente radical de una de las más radicales ciudades españolas.

En fresco día de Septiembre llevó Rosa la comida á su padre, quien, con sus jornaleros, vendimiaba la viña cercana. De regreso al pueblo vió venir por el mismo camino y en sentido contrario á Rafael, de cuya familia tantas cosas malas había oído en el seno de la suya. Tuvo miedo é intentó internarse por un sendero, pero á poco tiempo aparecía un peligro mayor: en el pinar acampaba numerosa tribu de gitanos. Tuvo que exponerse á los malos intentos del liberalote y apretando el paso, al mismo tiempo que se encomendaba á Dios pasóse al otro lado del camino. El encuentro tuvo lugar. Ella, más muerta que viva, ni miró al joven.

—Buenos días Rosa, dijo él.

Y Rosa por toda contestación echó á correr; tan azorada iba que tropezó y vino al suelo. Los brazos del estudiante, con el cuidado de una madre y la delicadeza de un perfecto caballero, de él la levantaron en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Te has hecho daño Rosa? ¿Por qué corrías? ¿Tenías miedo?

La niña ni respondía ni lloraba ni reía. Temblaba de terror. Rafael continuaba interrogando.

—¿Notaste en mí malas acciones?

Era tan amable y afectuoso el tono de Rafael, tan tristes y melodiosas sus palabras que Rosa se atrevió á dirigirle los ojos. Al hacerlo vió á otros dos bellísimos que, casi llorando, le miraban con ternura inefable. Volvió á mirarlos después para desviar pronto la mirada, no porque la contraria le causara temor, sino porque había en ella algo irresistible que enajenaba.

—Rosa tienes sangre en la rodilla. Dame el pañuelo y te lo ataré en élla.

Apareció la mujer. Rosa recordó que lo traía muy viejecito y agujereado, y roja como la grana, dijo.

—No tengo pañuelo, me lo he dejado en la viña sin querer.

—Ataré el mío.

Alargó la muchacha su robusta y hermosa pierna y el bachiller, sin tocarla siquiera, hizo en élla lo que dijo.

—¿Tendrás miedo de mí otro día?

—No, Rafael, y muchas gracias.

—Adios, Rosa.

—Adios.

En un santiamén el amor había hecho de las suyas. Rosa antes de llegar al pueblo se quitó el pañuelo de la pierna á fin de evitar que sus padres conocieran al dueño y supieran de la escena ocurrida. A los dos días, lavado y planchado lo entregaba á Rafael con estas palabras:

—Toma, Rafael, el pañuelo; espero poder recompensar tus cuidados.

—Recompensados están con tu amistad ya que creo no me la negarás en adelante.

—De ninguna manera, pero ten presente que nuestros padres se enojarán si nos ven juntos.

—Podríamos hacerlo sin que lo supieran.

Rosa bajó los ojos cubierto el rostro de rubor y no tuvo una negativa para aquellas entrevistas que tan discretamente se le pedían.

El amor no puede ocultarse, y el que sentían Rosa y Rafael tampoco pudo. Pocas semanas bastaron para que las monjas se escandalizaran y para que los padres de ambos jóvenes echaran un atajo de amenazas sobre aquellas cabezas que habían cometido el grave delito de amarse sin la previa censura. Los partidos participaron también de las iras de sus jefes. Aquello era una profanación. Hubo consultas y reuniones de familia. El caso era gravísimo. De toda esta marejada resultó lo siguiente: á Rosa se la amenazó con encerrarla en un convento si prestaba oídos á las palabras de Rafael y á Rafael con desheredarle si cultivaba el amor de Rosa. Eso no sirve para hacernos olvidar nuestros quereres. El amor se burla de todo y hace bien. Los amantes se amaban más cada día y no perdían ocasión de demostrarlo, aunque, á la verdad, las ocasiones escaseaban.

Los padres de Rafael cedieron pronto, por algo eran liberales. No así los de Rosa que llegaron hasta el castigo corporal. El parecer de las monjas triunfaba.

Cierta amiga de Rosa encontró á Rafael y le dijo:

—Una persona desea verte esta noche sin falta, te aguardará en mi casa.

Allí fué Rafael y encontró á Rosa.

—De que se trata niña mía. ¿Lloras?

—Mis padres quieren encerrarme en el convento de la Selva.

—No harían tal si me quisieras.

—¿Por qué me dices esto? ¿Aún no he dado pruebas de quererte satisfaciendo un amor que obtiene la maldición de mis padres.

—La maldición de los padres no tiene valor cuando es hija del fanatismo, ni sus consejos merecen atención cuando los engendra el odio. ¿Qué te dicen de mí, qué pueden decirte de mí? Que soy hijo de un liberal. ¿Supone esto una mala persona? Nosotros no hemos de participar de sus malquerencias y sustrayéndonos á ellas cumpliremos nuestro deber. Los padres se han de respetar cuando son dignos de respeto. En caso contrario, la desobediencia es una virtud. Créeme, vente conmigo.

—¡Ah! no, no, Rafael mío, primero la muerte.

—Sí, como si la muerte fuese una solución. Del convento no saldrás si en él entras, á menos que yo venga á sacarte de allí á viva fuerza y eso es algo difícil.

En cambio, en compañía de mis primas estarás bien. Mi tío se hará cargo de que tiene otra hija. Después, todo se arreglará.

—¿Y el disgusto de mi madre?

—¿Nada valen nuestro amor y nuestra dicha? ¿No exige algún sacrificio la perspectiva de vivir separados eternamente?

—¿Me respetarás?

—¡Respetarte! No. ¿Por qué he de respetarte? Yo no te debo respeto, te debo amor, besos. Se respeta al que inspira respeto, no al que inspira cariño. Se llaman los brazos, se llaman los pechos, se llaman los labios. Si hacer á sus gritos oídos de mercader es respeto y ese respeto es amor, maldigo el amor. ¿Te he respetado hasta ahora? Pues tampoco te respetaré en adelante.

—¡Qué no me has respetado! Cualquiera al oírte diría que nada nuevo ha de venirnos.

—Vendrá, pero yo no te he respetado, porque no me he cohibido. He satisfecho mis deseos, no he sentido otros. ¿Los has sentido tú? Haberlos satisfecho sin respeto, no quiero que se me respete. El que respeta no ama. A tu lado me abandono á todos los impulsos del corazón. Haz tú lo propio. Creería prostituirme y prostituirte si otra cosa hiciera.

Muy extrañas á Rosa parecieron tales razones, pero le pareció que nada había de perder al lado de quien tan bien las exponía.

Al siguiente día, inútilmente se buscó por Dosaiguas á Rafael y á Rosa. La madre de ésta por poco se muere; el padre iba por las calles del pueblo echando sapos y culebras contra los liberales. Los padres de Rafael, impregnados del honor al uso, no temieron la deshonra, y sin embargo, las faltas del amor deshonran más al hombre que á la mujer, ó no deshonran á nadie.

La señora María se puso buena; tornaron las consultas y el resultado fué lo que había previsto Rafael. Muy á regañadientes los padres de Rosa cedieron.

El día de la boda se hallaron reunidos radicales y conservadores y relacionándose y hablando y conociéndose dieron en comprender que, ni unos ni otros, eran tan malos como habían creído. Continuaron después del casamiento las buenas relaciones y como las dos familias rivales habían olvidado sus odios para ocuparse sólo del porvenir de sus hijos y de sus nietos, los olvidaron también sus partidarios y hoy Dosaiguas está libre de luchas intestinas viviendo en paz y santa calma.

¡Bella virtud del amor!

¡Cuántos odios desaparecerían si los hombres se conocieran y relacionaran!

FEDERICO URALES.





## SECCIÓN LIBRE

### ENSAYO SOBRE LA PERVERSIDAD

Las cosas invisibles son las únicas reales, porque las visibles sólo son signos, en todo momento modificados, renovados, inestables, signos de las leyes que las engendran y que son las que tienen importancia. Comprendemos este conjunto de signos merced á las leyes abstractas que les rigen, leyes que se hallan en todos los hombres, aún los más incultos, y que duermen en ellos como un tesoro. Constituyen la herencia de la humanidad, condensan su poder; podemos pues afirmar que son más *reales* que las cosas concretas y visibles. Es un dominio subterráneo y muy extenso, que se extiende en nosotros mismos y al cual miramos con más ó menos insistencia; todo ser humano lleva así, en su forma carnal, otro ser abstracto que es el verdadero, un abismo, de donde salen los pensamientos, los sentimientos de lo infinito como humaredas sulfurosas del centro de la tierra.

Por excepción se asoman los hombres á este subterráneo. No hay valor más estimable y verdadero que el de concentrarse cada cual en sí; se descubre un mundo desconocido, para el cual de nada sirven los sentidos, ante el cual la inteligencia se desvanece y en el cual nada se parece á las cosas superficiales de la vida. Muchos miran hácia sí mismos para animarse, lisonjear su egoismo y aumentar su variedad; se juzgan y absuelven de buen grado con preguntas y respuestas al caso adecuadas. Pero son muy pocos los que no se atemorizan, si, meditando, no se satisfacen con visitas cortas al subterráneo, bajan á él, abandonan la luz de la vida ordinaria y ponen el pié en el suelo para orientarse en la obscuridad. Presienten confusamente todos que llevan dentro de sí un abismo en cuyo fondo murmuran las olas de la vida infinita, abismo lleno de fantasmas terroríficas, en las cuales es mejor no pensar. Prefieren la mayor parte no escucharse, aparentar creer que no hay nada y que la vulgaridad de las existencias pequeñas es la ley natural de toda criatura, pero lo aparentan solo, pues saben muy bien que la vida interior existe, que llevamos en nuestro interior un mundo de espectros; místicos, filósofos y poetas son los únicos hombres que lo confiesan en alta voz.

Si se deciden algunos á abandonar momentáneamente la vida exterior, si sienten el noble deseo de saber algo del tenebroso paisaje que se extiende bajo sus más secretos pensamientos, no harán en vano tan singular viaje. Todos le hemos ensayado. Hay crepúsculos en los cuales el abandono de las hojas y de las nubes estimula al alma á extinguirse con el sol ocioso, y en los cuales el cielo, impregnado de la melancolía de las ciudades llega á ser confidencial y reviste una belle-

za expresiva y casi humana. Hay periodos, en los cuales lo rudo de la vida habitual se convierte en lágrimas, en ternuras inesperadas, y se vuelve á pensar en la comarca interior, por que la vida ha sido mala, con un instinto de niño para hallar en sí mismo la tranquilidad y el descanso. Todos hemos conocido tales momentos, al detenernos de repente para observar nuestra vida, cuando, enfermos, la sombra del crepúsculo prendía á la luz artificial ó en las noches de insomnio nuestra alma tranquila temblaba como la luz de la mariposa. Distanciados entonces de la vida habitual, sentimos que carece de importancia ante la otra. Vemos en el recogimiento, brillar á intervalos cristalizaciones de pensamientos fundamentales, gérmenes, sal de las tierras vírgenes de nuestra alma. Dominados por el vértigo al inclinarnos hácia lo invisible, no nos atrevemos á seguir pensando en ello. ¿Quién ha negado que nada puede intimidarnos más que nosotros mismos? Es indudable que la exploración de nuestro interior atraviesa más círculos que el infierno descrito por la leyenda. Los místicos, los metafísicos y los poetas, que son los más desinteresados y los más heroicos, se han atrevido á veces á bajar y no les comprendemos que por que, al volver á subir, no se atrevieron ó no pudieron decirlo todo; les faltan las palabras, se oyen sus grandes y confusas voces, sus profecías concluyen en oraciones, en llantos... y hay muchos que no han subido. La conciencia es un celoso que calla sus secretos y oculta sus víctimas. Es preciso elegir entre ella y la vida exterior. Parece que en estas regiones de lo invisible todo es tan extraordinario que nuestros intereses personales se anulan y que nuestra primera obligación, de un desinterés absoluto, consiste en una consagración exclusiva y respetuosa. Pero la mayoría de los hombres no pueden llegar á ella. Se halla afectada por una *curiosidad* un tanto sacrilega para averiguar por ejemplo, hasta que punto nuestra pequeña personalidad puede, sin destruirse, acercarse á este río caudaloso de la vida universal, que corre terrenalmente á través de todos nosotros. Constituye para ella un lujo, le parece que visita propiedad lejana, donde no va casi nunca, pero donde ejerce, sin embargo, aunque con largos intervalos, actos de dominio.

El subterráneo de la conciencia no nos ha sido concedido como lugar de diversión; en él hay sitios peligrosos, abismos, arenales movedizos, laberintos, en los cuales un paseo imprudente puede terminar en la locura ó en la muerte. Es preciso no ser distraído, ni ligero, ni curioso al entrar en él; de no ser santo y humilde es preferible no llegar. Como nuestra alma es y obra por sí misma podemos no conocerla, pero es indispensable que no la observemos con ligereza...

Esta curiosidad profana, que satisface á la mayor parte de los hombres, cuando piensan en el misterio de la vida, es quizá la que constituye esencialmente lo que hemos llamado la perversidad.

¿Qué es tan extraña modificación? Nadie ignora su nombre y para todos es indefinible. No hay noción más oscura, ni más invocada, palabra comprendida bien por los sentidos es noción mal concebida racionalmente. ¡La perversidad! No aparece ante la conciencia con caracteres conocidos como nuestras restantes inclinaciones. Vemos el odio y la envidia, y por terribles que sean sus caracteres y sus efectos, sentimos algún consuelo al poder considerarlos en nosotros mismos. Las pasiones y los vicios tienen aún, en cuanto nos afectan, algo familiar y seguro. Sabemos que tales monstruos habitan en nosotros y á pesar del horror que infunden nos acostumbramos á ellos como huéspedes molestos.

Podemos casi prever lo que será en nuestra vida la irrupción de un amor feroz, de los celos, del odio, y aunque nos halleemos poseídos de ellos hasta el delirio, sentimos confusamente que estábamos preparados. Por particulares que nos parezcan nuestras crisis, sabemos por el ejemplo de los demás cual puede ser su desarrollo; continuamos dentro de los límites normales de la humanidad. Los excesos y los crímenes pueden modificar nuestra existencia, no trastornan sin embargo las capas profundas. Son agitaciones de la superficie de un mar y por diferencias que notemos entre la condición de un condenado á muerte y la de un anacoreta ó un rey, existe multitud de condiciones esenciales, que les son comunes.

Los actos más absurdos se realizan siempre dentro de un mismo plan de vida, virtuosos ó infames, en el fondo del remordimiento ó de la paz, seguimos siendo hombres ligados á las condiciones generales de la vida y de la raza. En medio de los más grandes infortunios ó de los más completos desarreglos, sentimos algún consuelo al saber que todo esto fué ya soportado por nuestros hermanos. Combatimos frente á frente nuestras pasiones y no tememos extraviarnos en lo absurdo y en lo inconcebible. Conservamos aún punto de apoyo, nuestra razón puede vivir, obrar, ejercitarse. Pero, en cuanto á la perversidad, nada semejante nos anima. ¿Á qué se debe tan inusitada aparición? ¿De dónde procede? Se halla mezclada con todas las cristalizaciones secretas de nuestra conciencia; sin tener nada de humano, influye sin embargo en todo lo que es humano. Poseemos su presentimiento continuo, carecemos de su noción directa; la oímos, los humanos y no la vemos. Para hablar de ella hemos de renunciar á decir lo que es y limitarnos á expresar lo que no es. Corretea dentro de nosotros como una larva informe. Oxida todos los tesoros interiores que habíamos descubierto al inclinarnos á nosotros mismos. No es nada por sí mismo, ni facultad, ni instinto y sin embargo no existe facultad, ni instinto en que no intervenga. Su nombre resume todo lo que no explicamos en la normalidad de la moral; es una enfermedad del alma, desconocida, especial. Recientemente se ha designado las múltiples manifestaciones de la degeneración física, neurastenia, se podría decir que la perversidad es una neurastenia moral. Como la anterior, no designa nada preciso, sólo resume un estado. Su nombre caracteriza todo lo que en nuestra alma es sin carácter. Parece que emana de nosotros mismos como las adivinaciones psíquicas de los *mediums*. Como Pascual tuvo su abismo que le atraía, William Crookes tuvo su Katia King fluidica, errante en su laboratorio. Tal vez tenemos todos nuestro abismo fraternal y nuestra Katia King; la perversidad espectral y curiosa que espía nuestra razón y nuestra lógica, dispuesta á intervenir en ellas.

Creemos que el acerbo de las civilizaciones, el refinamiento secular de la sensibilidad, de la educación, de la psicología, nos han hecho muy diferentes del hombre de las cavernas, y que sobre nuestras necesidades y nuestros instintos se ha acumulado especie de tierra vegetal donde germinaran flores delicadas. Nos parece que todos nuestros sentimientos positivos han ganado en dulzura y belleza, que el hambre, el deseo de la reproducción, los celos se han complicado con infinitas series de matices psicológicos, atenuados ó ennoblecidos. La razón, la estética, la cultura moral y mental han edificado sobre la animalidad primitiva su obra de perfección. No hemos suprimido nada de la barbarie nativa, pero la hemos contenido merced á todas nuestras restricciones sentimentales. Tal es al menos nuestra firme creencia, que nos sostiene en la convicción de que se ha cumpli-

do el progreso. Permanecemos muy tranquilos sobre esta capa de tierra que cubre el fuego voraz de nuestros apetitos. ¿Quién de nosotros no ha sentido, sin embargo, en ciertos momentos pasionales, cuán frágil é ilusoria es semejante protección? ¿Quién no ha conocido secretamente, con terror, que todos estos principios adquiridos corrían el riesgo de ser destruidos ante el impulso interior del instinto? ¿Quién no se ha asustado al observar que el hombre salvaje resucitaba en él de repente? Digámoslo: el más elegante, el más sentimental, el más santo y el más racional de todos nosotros no ha dejado de sentir dentro de sí el sobresalto de este terrible despertar, que acerca á lo inhumano, del deseo de matar, del estado de espíritu de un sátiro, de un Canibal ó de un Fuegiano como en sus sueños más puros se habría creído muy cerca del alma de un Plotino, de un Swendenborf ó de un Beethoven. Para tal revelación no son precisos impulsos muy extraordinarios. Aun en circunstancias, en las cuales nuestros intereses personales están en juego y nos decidimos á sacrificarlos á nombre de razones más elevadas, oímos sin embargo en nuestro interior la voz del hombre primitivo que aconseja resoluciones inspiradas en el egoísmo del instinto. Para apagar su eco, aún sin discernirlo apenas, necesitamos hacer un pequeño esfuerzo. Con frecuencia esta voz es indistinta, pero á veces se eleva tan violentamente que todas nuestras convicciones de civilizados se desvanecen ante ella y entonces descubrimos que nuestra honradez, nuestros principios, nuestras certezas morales eran construcciones muy frágiles. Ha hablado la perversidad. Pero no interviene solo en los instantes en que nos disponemos á ser malos, se mezcla también con nuestra bondad y con nuestras más altas aspiraciones. Hay, al lado de la perversidad, consejera del mal, otra perversidad ideal y bienhechora; aunque estamos habituados á no unir á su nombre sino ideas malas, he explicar cuán inexacto é incompleto es tal concepto de la perversidad.

CAMILLE MAUCLAIR.

(Nouvelle Revue.)

(Continuará).

## DE TODAS PARTES

Cuando habíamos convenido en que Francia llegaba al fin de las conquistas modernas, la hallamos al principio. Por no revisar una sentencia que *hombres fallaron*, medida esencialmente humanitaria, se lleva el desorden en los espíritus y la barbarie en los actos, se escarnece y condena á una gran figura moral y literaria, se castigan los sentimientos de una generación, se alteran las regulares funciones de un gran pueblo, se establece una especie de tirantez enojosa entre el Jefe de un país constitucional y el Presidente del Consejo y se pone frente á frente, con todos los caracteres de una gran hecatombe, la fuerza y la inteligencia, la barbarie y la civilización, el hombre-bestia y el hombre pensante, el principio de autoridad y el de justicia.

De hecho está separado el pasado del futuro.

Habían los espíritus generosos de ofrecer su sangre en holocausto á la personalidad humana, habian de brindar su vida al bien público los que por la redención del hombre padecieron, para que después de diecinueve siglos de fallada una sentencia que á todas las humanidades llenara de lodo, hubiese de encontrarse un pueblo padre de mártires y obra de ellos por querer enmendar una obra salida de *manos imperfectas*.

Es para debilitar la fé y perder la esperanza.

Pero en medio de tanta desconsideración y de ingratitud tanta, consuela el alma ver á la ciencia, al arte y al trabajo, abrazados al símbolo de justicia y de amor que representa Zola clamando paz y respeto á la personalidad humana.

Y ¿qué significa ese mar embravecido contra un reo y sus defensores? El hombre que recuerda su pasado.

Si los espíritus galvanizados por el fuego santo de una evolución bienhechora, cumplen con su deber, la República Francesa sufrirá gran crisis; pero triunfarán los fueros de la humanidad, la mayor de las glorias á que puede aspirarse.

El gobierno francés tiene acordado la revisión del proceso Dreyfus contra el parecer de poderosísimos elementos. No es de extrañar que continúen su marcha ascendente pueblos regidos por hombres que atienden la voz de la justicia. La regeneración de los que así no obran, ó de los que así no hacen obrar, es imposible.

\*  
\*\*

*Paris*, la última obra de Zola, la que ha valido al autor la persecución que ahora sufre, ha sido incluida en el *Índice* de los libros prohibidos por la Corte Papal.

El protagonista de la obra es un cura que se descatoaliza al conocer el catolicismo y sus hombres, llegando, en su evolución hacia las ideas reformadoras, hasta la revolución social y las doctrinas libertarias.

A nuestro entender están en lo cierto los que creen que á manejos de la frailocracia se debe la opinión que en Francia se ha formado contra Zola combatiendo á la persona en la oscuridad y no á las ideas en plena luz, como hacen los que creen defender causas justas.

De todas maneras el público de Zola hará poco caso de excomuniones, las que no han de combatirse con documentos lacriminosos y humillantes, sino haciendo la labor del siglo sin preocuparse más que del bien público.

A. GALCERÁN.

## CHISPAZOS

Escuchad, hombres de ideas radicales:

Si por una ú otra causa, al llegar á la vejez sentís debilidades de espíritu y halláis exageradas las ideas que en la juventud defendistéis y os sentís dispuestos á la apostasía más ó menos disimulada, ya por propio impulso, ya por impulso ajeno, no olvidéis lo siguiente y ello os preservará contra los que pudieran intentar haceros maldecir vuestra propia obra.

—«Si los hombres pensaran que las mejores ideas se producen en la edad que los árboles dan la fruta más sabrosa, no habría *arrepentidos*.»

—«Todo en la naturaleza tiene época determinada para la producción. Más bueno y perfecto lo que se produce en el apogeo de la vida. ¿Por qué hemos de olvidar en la vejez que lo producido en la edad viril es lo mejor de nuestra obra intelectual y física.»

—«La naturaleza nos da una pauta que nosotros ni siquiera comprendemos. Nié-gamos la propiedad de producir físicamente al llegar á cierta edad, y en cambio nosotros queremos que nuestros productos intelectuales sean más perfectos cuanto más viejos los elaboramos.»

Y tú, lector querido, si eres viejo y sustentas las ideas mismas que en la juventud sustentabas, has ganado alabanzas que perdieron los que, para acercarse al poder, tiraron al arroyo su cerebro.

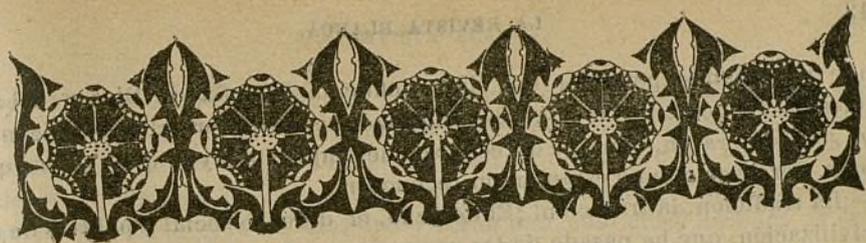
\*  
\* \*

Siento en mi interior dulce placer; tranquilo bienestar me enajena: todo lo hallo bello; las personas todas me parecen buenas. Estoy satisfecho de mí. ¿Por qué? Porque amo. Amo al pájaro que me envía notas melodiosas y á las nubes y al firmamento que recrean mi alma con mil imágenes bellas; amo al perro fiel que lame mi mano y á la niña gentil que acaricia mi rostro; amo al sol que me inunda de luz y á la flor que me proporciona aromas; amo á la tierra que me ofrece alimentos y al manantial que refresca mi cuerpo; amo la vegetación que purifica el ambiente y al aire que purifica mi sangre; amo al libro que educa mi cerebro y á la mujer que dignifica mi espíritu. Pero no amo á la sociedad porque dificulta mi vida.

La amaré cuando venga á completar el retrato de una existencia que naturaleza trazó con mano maestra.

U.





# TRIBUNA DEL OBRERO

## PARTIDOS ILEGALES

### III

Los partidos políticos, creación moderna, factores importantísimos, precisos y necesarios para que el progreso crea y camine siempre adelante en su marcha triunfal, no permaneciendo estacionario ni un sólo momento, no son, como todavía hay quien sostenga, una plaga, una calamidad que abortó de su seno los horrores de la revolución francesa y que deben de desaparecer de la vida social, dando entrada con esto al absolutismo despótico y á la ley *sálica*, estableciendo clases y castas que, por el absurdo del llamado derecho hereditario, sean las únicas y exclusivas que manden y gobiernen á los pueblos sin su tácito consentimiento.

Del pasado al presente hay una distancia inmensa, aunque la necesidad sea la misma, aunque el origen de todo, del mal y del bien, sea siempre el mismo, radicando en el individuo, en la naturaleza humana, única fuente de donde brota la savia que dá vida, calor y fuerzas, como las enfermedades que dan la esterilidad y la muerte.

Hay que descender al terreno de lo vulgar, al positivismo material de nuestra deleznable y flaca naturaleza al reflexionar sobre ese ¿por qué? que encierra todo un problema y que nosotros nos preguntamos muchísimas veces al considerar sobre el derecho de unos y la postergación de los otros. ¿Atendemos al derecho escrito, al código hecho hoy social y político? Pues esa ley, ese código y ese derecho lo vemos conculcado todos los días, los códigos modificados y las leyes barrenadas por aquellos que más debieran de velar por su integridad y su pureza.

Meditemos despacio y reflexionemos juntos.

Yo siento en mí un *yo* independiente de los demás hombres; un *yo* libre, enteramente libre, autónomo en mi fuero interno para pensar, sentir y amar, aborrecer ú odiar. Pero mis ojos no ven los de ningún otro hombre, ni por mi pensamiento piensa nadie, ni por mi corazón siente, ni por mi paladar gusta. Soy único, exclusivo y soberano en mi *yo*, casi un Dios en mi individuo ¡cómo casi! un Dios en el *mío* ser y en mi *yo*, como el *yo* del infinito es el Dios y alma del universo, absoluto invulnerable. Fórmula breve y exacta ésta con que el grande é inmortal Víctor Hugo, el más

grande y profundo pensador del siglo define la filosofía de Dios y del alma.

Pues creyéndome yo en esta soberana razón, en este libre albedrío ingénito en mi *yo* ¿con qué razón, con qué derecho se me imponen leyes que yo no quiero aceptar, derechos que no están en mi reconocer.

— ¡La tradición, la tradición! ¡El derecho, el derecho social y político de nuestra civilización, que ha pasado de los usos y costumbres á las leyes de nuestros códigos! Oigo que me grita una razón que está en mí, y que yo acato y respeto, no por imposiciones de nadie, si no por que está en mi conciencia plenamente definida para reconocerla y aceptarla así.

Que todos acatan una ley y obedecen un poder, y yo sólo me sublevo contra lo constituido, incurriendo con esto en el delito, ¿soy malo, acaso por esto? ¿Cometo un crimen que la sociedad no perdona al atacarla en sus creencias, en sus instituciones, en sus usos y costumbres y hasta en sus múltiples y variados intereses creados por el trabajo de luengos siglos?

La opinión é intereses de los más es fuerza, no razón, se imponga á la opinión é intereses de los menos.

He aquí la razón de la lógica; de esta lógica positivista, fría y destructora, sin una fibra capaz de conmoverse por que la lógica no se conmueve.

Pero la opinión é intereses de los menos, hállase también asistida de una suprema razón y de un gran derecho que nace con el individuo.

Mirad: Todo el mundo acepta un color que la vista percibe por igual en todos. Lo azul es azul para todos, como lo verde, verde; pero unos pueden, obedeciendo á sus gustos, á ese don particular que cada uno de por sí llevamos en la retina, agradecerles más para sí y para su uso particular un color que otro, vestir de blanco aunque todo el mundo vista de negro.

La sociedad puede ser míope y no poder ver y apreciar bien las cosas. ¡Cómo! ¿Pues qué? no han sido todas las sociedades más que míopes, ciegas, que no han visto ni comprendido á sus genios y que si hoy sabemos algo de ellas es por lo que nos han legado en obras inmortales é imperecederas sus locos divinos? Si algo de ellas queda, si algo de ellas vive, dura y perdura, como las ideas que son eternas, ¿es por lo que hicieron ellas, la inmensa masa social, ó por lo que hicieron los genios y mártires de la Humanidad y de la Historia? Los que siempre estuvieron en desacuerdo completo con la generalidad de las gentes y con la opinión universal entonces.

Los soñadores de ayer viven con nosotros hoy, y sus sueños son ya realidades, como las utopías de ayer son verdades hoy.

Los más absurdos principios y las más erróneas doctrinas obedecen á una ley, bien psíquica ó fisiológica, individual ó colectiva, que pueden á veces ser muy fatales y dolorosas, como fatales son todas las leyes físicas, como doloroso es siempre el nacimiento del hijo para la madre, como horrorosa es la tempestad que destruye caseríos y sembrados; pero necesarios todos estos contrastes para el fin del cumplimiento de esas invulnerables leyes, armonizándose á un mismo tiempo estas contrariedades de la vida en la vida, y de las cuales nítrese y vive el universal progreso. Comprender el planeta sin atmósfera y sin oxígeno para respirar, sin esas tormentas que nos traen la benéfica lluvia, y la vida animal y vegetal se haría imposible también comprender la vida social sin las pasiones del corazón humano y sin estas luchas del espíritu y estas agitaciones del pensamiento. ¿Tendréis al

hombre tal como ha sido creado, tal y como realmente es? No: ese no es el hombre activo y de genio de quien todo se puede esperar; ese no es el pensamiento creador, ni la mente pensadora que raciocina, duda y delibera para encontrar al fin, tras del error, tras del absurdo y tras de la utopía la verdad filosófica, plácida, serena, despejada de toda nebulosidad y refulgente cual el sol después de la tempestad.

AURELIO MUÑIZ.

## EN BUSCA DE OXÍGENO

Al declinar la tarde de un día de Agosto en que el calor había sido excesivo hasta el punto de que á los que la sociedad nos condena á vivir en calles estrechas y pisos pequeños é insanos, hay momentos que nuestros pulmones se oprimen con tal fuerza que hemos de asomarnos al balcón para apropiarnos el aire necesario elementos de que carece el interior de la habitación. Más ¡ah! que escasos y poco agradables son el que se respira allí donde vive el obrero de las grandes ciudades!

Los silbidos y campanas de las fábricas anunciaban el término por aquel día de la explotación en aquellos *ingenios*.

Llegó mi compañero del taller, su primer frase después de un hondo suspiro fué. ¡Qué calor se siente aquí también! en la fábrica nos asfixiamos—¡Claro!— contesté dándole un beso, como para aliviar en algo nuestros sufrimientos,— todo guarda relación en aquellos insanos edificios se explota á los que vivimos en estas casas que como allí se carece de vida. Pero no ha llegado todavía el que se nos prohíba el ir á respirar un poco de oxígeno en las anchas avenidas donde circula el aire. Vamos á cenar y luego saldremos un poco y como sea que hoy he tenido una regular labor, hasta podemos permitirnos el lujo de tomar una cerveza.

¡Quién no se consuela es por que no quiere! así es que anhelando estar pronto en lugar más recreativo cenamos en pocos minutos. Aunque en verdad, no se necesitaba mucho tiempo para comer los *guisos* que tenía preparados. Más que de prisa salimos de casa. Llegamos á la Rambla de Cataluña, y allí junto á una mesita de las que había en la acera de una cervecería de *las nuestras* ó sea obrera, nos sentamos dispuestos á tomar nuestro refresco interior y exterior. Tomábamos á sorbos una cerveza helada respirando á la vez la fresca brisa con fuerza absorbente un elemento de vida que también se intenta arrebatarlos, ó mejor dicho se *logra* arrebatarlos. Natura parecía que nos hablaba con su lenguaje mudo aunque muy expresivo. La fresca brisa parece que nos decía... ¡Gozad, gozad de mis dones hijos míos! ¡Yo no guardo privilegios para nadie! Sí alguna vez no llega á tí mi soplo purificador, mira en torno tuyo y verás que una mano insensata se interpuso al cumplimiento de mi misión y al derecho que te asiste!

Mas si yo no puedo llegar á tí, ven tú en mi busca y me hallarás siempre demostrando que soy justiciera, pues para mí no hay clases. Aquel pequeño goce nos recompensaba un poco de lo mucho que sufrimos en la fábrica, y en nuestras incómodas viviendas; pero de pronto como si eso que llaman sociedad tuviese

envidia de que gozara un desheredado, empezaron á venir al lugar donde estábamos, infinidad de seres andrajosos, sucios unos, con cara de mandrias desvergonzados otros, seres tristes y con marcado sentimiento, muchos llevando impreso en su rostro una anemia que roe su existencia, niños de todas las edades, obreros sin trabajo, ciegos, cojos, defensores de ese pedazo de *patria* que el derecho del más fuerte ha arrebatado á España. Es decir, jamás había visto tan variado surtido de desgracias.

Todos con voz más ó menos plañidera pedían una limosna por el amor de un *Dios padre amantísimo* de todas las criaturas, espíritu *recto* y *justiciero*. Esos desgraciados seres nos asediaban con plañidera voz. Nos miraban con envidia creyéndonos seres mimados por la fortuna.

¡Cuánto sufrí de ver que nuestro *capital* ascendía tan sólo al importe de la consumación que habíamos hecho! Lastimado mi corazón de ver desdichas tantas, nos marchamos á otro lugar que no fuese *tan envidiado*.

Nos sentamos en un banco de la Rambla de Cataluña en el lugar más oscuro. Mi compañero se esforzaba para distraerme, pero esfuerzo vano, mi cerebro encontró campo abonado para sus ejercicios. De pronto llegó á nosotros el eco de unas blasfemias acompañadas de frases de compasión é improperios. «Por Dios y por su madre, déjeme V., ya me retiro, me obligó á salir la *dueña*, ..... Déjame ..... Estas frases pronunciadas por voz femenil rompieron el hilo de mi meditación, é impulsado por un sentimiento humanitario me dirigí al lugar de donde partía aquella voz. ¡Qué cuadro más repugnante se ofrecía á mi vista! Una *mujer*, casi una niña, pues á lo más contaba dieciseis años, hacía grandes esfuerzos para librarse de las manos groseras que la tenían sujeta por las muñecas. Sigue ..... decía el polizonte.

¿Por qué la hacía seguir á la fuerza? ¿Qué ha hecho esa niña? pregunté al agente. «Es que ha salido dos horas antes de lo que tiene ordenado el gobernador ha de pagar una multa.» ¿Pero qué mal hay en ello? No ve V. que es una del *vicio*,—me contestó,—arrastrando con fuerza á la infeliz, que ya cansada no hacía tanta resistencia.

¡Es una del vicio! Esas frases se repetían en mis oídos. ¡Oh! moral gubernativa; dentro de dos horas será lícito que un enjambre de desgraciadas salgan á la vía pública en busca de unos reales para pagar al Estado. A la que *legalmente* comercia con su cuerpo, y en cambio por la cuenta que le tiene, las da una pepitoria y un mendrugo para que no mueran de hambre... y... ¡Viva la moral...

Casi maquinalmente seguía á mi compañero que, sabiendo lo impresionable de mi temperamento, me llevaba á un lugar más *divertido*. Llegamos al paseo de Gracia, paseo que se han apropiado para sí las señoras de tono, y por lo tanto, concurre allí toda la goma de la ciudad de los condes. ¡Qué animación! ¡Qué alegría rebosaban los semblantes! Toda la aristocracia de percal estaba allí, gozosa de ver que por este año imitaban á la Corte.

No siempre han de imitarla la aristocracia de sangre azul.

De pronto, pasan ante nosotros dos *palomas*, es decir, dos señoritas vestidas de blanco con sombrillas, llenas de llamativas flores. Miran de un modo especial á un viejo de chaleco blanco que perezosamente estaba sentado en una silla del paseo. Dan unos pasos, vuelven atrás, tosen y sonríen. En esas el viejo las miraba, primero con indiferencia, luego acabó por mirarlas lascivamente, y le-

vantándose de su asiento se reunió con ellas quienes le asieron de un brazo cada una y se perdieron de vista entre las sombras de una de las calles que cruzan. ¿Qué te parece?—me dijo sonriendo mi compañera.

—Que todavía no hace quince minutos se arrastraba aquella infeliz; y mira allí un agente, qué impasible contempla *eso*.

Hay injusticia é inmoralidad dentro del mismo vicio.

Nos sentamos en un banco, tras un redondel de sillas ocupadas por jóvenes alegres satisfechos de ellos mismos; fijéme con atención en todo aquel gran número de seres que iban vestidos de hombre. ¡Qué caras! ¡qué tipillos! aquello me pareció fruto de una incubadora, seres criados con biberón, y educados para una sociedad de fantoches. ¡Como degenera la raza humana! Cuando ya fastidiados de contemplar tanta simpleza, íbamos á marcharnos de allí, veo venir una *florista* que á lo más contaría diez años. Esa infeliz niña se veía que alguien se esforzaba en hacerla parecer mujer, pues los encantos de la inocencia se ocultaban bajo una pintura y un peinado impropio para aquel cuerpecito de niña; pronto pude notar que aquella infeliz era víctima de la explotación más infame, pues estaba *educada* á la desvergüenza impropia siempre, pero más impropia en una edad tan tierna.

Aquellos jóvenes que de seguro pertenecían á esas sociedades religiosas y que comulgaban á lo menos una vez al año, al ver á la joven *florista* con su cestita de flores, ataviado su cuerpecito con lazos y más lazos, pusiéronse á hacerle signos para que se aproximase. Así lo hizo la mujercita en miniatura, y puedo asegurar que ninguna de las impresiones que recibí aquella noche fué tan dolorosa para mí como la que sentí al oír el diálogo entre aquellos entes y aquella niña; mi pluma no puede trazar lo que oí. Fué tan grande mi indignación que al ver tanta miseria, tanta hipocresía, tanta infamia, me levanté airada y no sé qué pasó por mí. Sólo sé que por mi mente cruzaron pensamientos mil, y no encontrando nada que atenuase mi dolor, estuvé á punto de gritar con toda la fuerza de mis pulmones: ¡Viva.....

Pero recientes y dolorosas huellas ahogaron la voz en mi garganta y no pude tener la única expansión á mis sufrimientos, pronunciando esa magna palabra que es la esperanza de los que concebimos un mundo de paz y de amor.

T. DE DEMO.

## EL PROSELITISMO

Una de las causas más poderosas que tienen conturbada la marcha progresiva de la generación de los presentes momentos históricos es, sin duda alguna, el afán del proselitismo.

Estudiando el desenvolvimiento de todas las escuelas, así políticas como religiosas, á través de los tiempos, podemos darnos cuenta de que, á medida que los intereses de unas han chocado con las otras, hanse producido una serie de combates, primero con la palabra, después con la fuerza, siendo los resultados funestísimos, apesar de afirmar unas y otras que sólo las guía el afán de perfección.

Las cabezas más visibles suelen hacerse insustituibles en la dirección de la escuela ó partido, y entonces nótase la aparición de escisiones, creación de nuevas

sectas, que por cuantos medios están á su alcance, procuran destruir la madre que les dió el ser arguyendo con toda la lógica posible y atacándola por los flancos que tenga más vulnerables, á fin de hacer más destrozo en los prestigios que tenga ella reconocidos.

Destruída la organización vieja, pasa una de las nacientes á ocupar su puesto, y no es difícil contemplar como la sucesora, en su deseo de dogmatizar, traspasa los límites de aquélla.

No otra cosa representan estos pujos de indiscutibles en que se encierran con toda la gravedad, cual si fuesen los únicos depositarios de la razón.

Inútil hacer una relación de los partidos y sectas que procuran abrirse paso en España, en Francia y en Alemania; véase el conjunto heterogéneo de diputados que componen sus parlamentos; la diversidad de concupiscencias que defienden los órganos en la prensa; ¡cuánta inestabilidad! ¡cuánto interés personal!

Hay bandos que, concedores de lo importante que resulta el tener un buen grupo de adeptos para entrar á disfrutar las delicias de la administración, se pasan largos años de su vida contando los adelantos ó los atrasos que experimentan los partidos sirviéndoles los periodos electorales de factores importantes para llevar la cuenta.

Y lo notable del caso es, que al intentar justificar esa oposición que ejercen entre sí adoptan para la exposición de los cargos, la misma seriedad que emplearía el que llegara á poseer el don de la infalibilidad; con lo cual, no solamente es lastimoso ver á lo que quedan reducidos los combatidos y los oyentes, sino que es risible el tonillo de petulancia con que formaban sus elocubraciones y más la gravedad del rumiante que tienen que adoptar para que lleguen á tener carácter de eminencia.

Igual resultado ofrece la lucha periodística, en la mayoría de los casos; y las oposiciones de muchas cátedras; siendo de notar que, cuanta más certeza hay, cuanta más suficiencia, cuanta más elevación de miras y más se aproxima á la verdad la escuela, el periódico ó el individuo, más sencillez adopta en sus asertos, menos le preocupa el afán de proselitismo, más se atiende al mejoramiento de todos, por medio del único camino, la razón.

Alégase para justificar estos dualismos, que son necesarios para estimular la lucha intelectual, cuando lo que hacen, precisamente, es sembrar un conjunto de discordias y antagonismos que se convierten en campos de batalla, donde se pierden pudor, vergüenza, sanos propósitos, reposo y á veces la vida.

Y con todo eso ¿dónde queda la naturalidad del hombre? ¿aquel carácter que siendo sencillo y bondadoso, á la par que amante del saber y del trabajo, lo mismo se aparta del chavacanismó insulso, que de la ridícula sociedad del asno? ¿lo mismo del tonto rutinarismo, que del enfático tono del profeta?

Y cuenta que no olvidamos ni la cruenta influencia del atavismo, ni la nociva ó profiláctica ley de herencia.

Tiene aun hoy el hombre á mucho vestir con trajes llamativos recargados de distintivos ampulosos, poseer gran número de títulos académicos y ejercer presión sobre sus semejantes, á los que considera ó entes despreciables, ó humildes prosélitos tolerantes adeptos de su escuela.

Para combatir toda esa petulancia, toda esa entronizada pretensión de superioridad, todo ese afán de que los semejantes presten vasallaje adhiriéndose á

uno ú otro de tantos partidos de política ó religión militante, es indispensable hoy pelear aún sabiendo que se debe perder, no hay otro remedio que dualizar casi con fanatismo, arremeter contra las creencias cerradas, los prestigios falsos, los torpes convencionalismos, debiendo importar poco el resultado de aplauso ó de censura y si mucho el de justicia, aún á trueque de sentar plaza de Quijote.

ALÍ EL MELLECH.

---

## EL CRIADERO

---

La sociedad en que vivimos parece, al primer golpe de vista, que vela mucho para conservar el orden, la propiedad y todo lo que se entiende y respeta por sagrado. A este fin sostiene un contingente, de abogados, magistrados, guardias civiles y demás gentes de autoridad que todos tienen la santa misión de ayudar á la justicia; pero en el fondo no hay nada de todo esto, antes al contrario existe el despotismo más desenfrenado.

Debido á la lucha por la existencia, y que ninguno tiene el derecho á la vida asegurado ni el más encopetado marqués, pues este también está en el peligro que la sociedad en que vive defectuosa hasta la médula lo aplaste, y debido á esta inseguridad siempre, amenazado á la ruina, todos y cada uno por sí se ven precisados á buscar el modo de vivir con el mayor número de comodidades posibles aunque sea en perjuicio del prójimo; esto no importa, la cuestión es vivir.

Debido á estas causas esplicadas tenemos todo este ejército encargado de perseguir los crímenes de esa humanidad que en vez de corregirlos, lo que hacen es fomentarlos y con los delincuentes, procurarse un porvenir para ellos, primero y sus hijos, después.

Para este comercio cojen á los hombres en sus primeros años de la infancia, ó sea cuando aún son niños y van á parar á la cárcel donde está el criadero; se aprende todo lo malo y nada bueno, en estas casas la moral es contrabando. Estos niños, los más, no tienen padres y esta sociedad injusta los ha tirado al arroyo en la edad que aun podían ser útiles, y hasta necesarios; un día impulsado por el hambre han hurtado una lechuga, los han prendido; ¿dónde han ido á parar? en el criadero anónimo; desde aquel día están sentenciados á la vida de presidiario ó á la muerte.

La primera determinación con estos niños una vez ingresados, es fotografiarlos, para proporcionar sus físicos á la policía, á fin de que les conozcan en lo sucesivo; desde aquel día han entrado en el gremio de los ladrones para divertir á la curia.

Estas pobres criaturas entran por una quincena, al salir los vuelven á prender en la misma puerta de la cárcel, el mismo que les ha traído el mandamiento de libertad, cuando sin salir del establecimiento no se le dá lo que llaman repetida.

Con este procedimiento, hay niños que pasan diez años; entran que son hijos del arroyo y salen criminales con todas sus manifestaciones.

Es necesario pasar por estas Universidades del crimen, llamadas cárceles, para poder apreciar la influencia que tienen encima los que encierran aquí; sólo

se respira el ambiente de la inmoralidad, no hay nada aprovechable, ni siquiera en la cárcel. En donde escribo estas líneas hay escuela para enseñar á leer y escribir á estos desheredados niños, que siempre hay un contingente de cincuenta á sesenta, y lo más impropio es que estos infortunados seres pequeñuelos están en contacto con los hombres que ya tienen todos los vicios aprendidos, y llevados por la ley de la imitación, que es tan común entre la raza humana, quedan envenenados por completo, ya en los sentimientos, ya en el lenguaje; este contagio les hace más depravados, cuando no pasa la cosa á mayores consecuencias. Son muy pocos los que pueden escapar de la brutalidad de los hombres que tienen las aficiones de la violación contra natura.

El tratamiento y alimentación de estas casas merece capítulo aparte, pues hay una administración fin de siglo.

Creo que el lector comprenderá por este mal escrito, la influencia que tienen las cárceles para aumentar el contingente de delincuentes cuando esto va acompañado del convencionalismo é interés determinado por parte de los encargados de salvar la sociedad. ¡En buenas manos está el panderero! Ante el yo de cada uno lo sacrifican todo.

¿Y por qué todo esto? Causas todas de la lucha por la vida y del respeto á la propiedad individual que sin darnos cuenta nos embrutece hasta el punto de convertirnos en devoradores de nuestros semejantes.

Trabajémos para que en el banquete de la vida todos los nacidos tengan el derecho á ella, asegurados y que puedan proporcionarse la menor cantidad de esfuerzo. Cuando desaparezca la lucha de clases y se haga de la humanidad una sola familia con una sola madre, la naturaleza, entonces desaparecerán los ladrones y delincuentes de todas clases, y sobre todo estas fábricas llamadas cárceles, que dentro de sus muros encierran las inmoralidades más estupendas que el hombre imaginarse puede.

JUAN CASANOVAS.

